

1º Premio

Título: **Historia de un pequeño jardín japonés**

Autor: **José Miguel Gómez Acosta**

La última vez que vi a mi abuelo fue en Tokio. Habíamos ido juntos, yo por primera vez, él por última. Desde niño había escuchado sus historias: su infancia extraordinaria en la ciudad, los usos y costumbres que, desde nuestro hogar americano, parecían lejanos e insondables. De entre todos sus relatos recuerdo especialmente el de su minúscula casa en la periferia, construida con sus propias manos, contra todo pronóstico por lo exiguo del solar. Tal había sido la condición impuesta por los padres de su futura esposa para la boda, al creer erróneamente que la pobreza de mi abuelo impediría satisfacer dicha exigencia.

La casa era, por decirlo así, una escalera. Escalones serpenteantes y cerramientos de madera que se elevaban hasta alcanzar la altura máxima permitida, albergando en lo alto un dormitorio mínimo. Pasé años escuchando la descripción de aquella casa. Cómo los escalones eran asientos, cajones, armarios en miniatura. Cómo a través del ojo de la escalera un cubo subía y bajaba objetos a través de una crujiente polea. Cómo los peldaños acogían diversas funciones domésticas al ascender, conteniendo el agua, el fuego y el aire.

Mucho tiempo después estábamos en Tokio. Recorríamos las calles, ahora centrales, buscando la casa de leyenda. Esa escalera habitable, responsable en parte de que yo fuese arquitecto. Aunque el antiguo barrio de casas de madera había desaparecido dejando un caos de edificios de hormigón, mi abuelo se dirigió sin titubear hasta el lugar preciso. Entre dos medianerías señaló un vacío prácticamente invisible al paseante. Ante mi asombro, reía.

Nunca te dije. Desmonté la casa con mis manos al marcharnos a América. Pero eso no tiene importancia, la casa sigue aquí en este vacío. Ven, ayúdame a arreglar el jardín, dijo mientras con infinito cuidado se arrodillaba para aplanar la tierra con sus manos.